

Hostos por nosotros

Antonio Martorell
Artista residente de la UPR en Cayey

Resumen

Este ensayo es una reflexión interpretativa sobre las imágenes artísticas elaboradas por pintores, escultores y dibujantes sobre la figura histórica de Eugenia María de Hostos.

Palabras clave: Eugenio María de Hostos, pintura, escultura, dibujo, Ramón Emeterio Betances

Abstract

This essay is an interpretative reflection on the artistic images elaborated by painters, sculptors and drawers on the historical figure of Eugenio María de Hostos.

Key words: Eugenio María de Hostos, painting, sculpture, drawing, Ramón Emeterio Betances

He titulado esta reflexión sobre la imagen de Hostos *Hostos por nosotros* porque así es que lo vemos los artistas que nos hemos acercado a él, a su pensamiento y a su acción, que en él son uno. Hostos visto por nosotros los artistas y recreado por ustedes, el pueblo; o, más bien, los pueblos que amó y donde sembró la semilla de la libertad, sin la cual ni la vida ni el arte rinden fruto.

Hostos por nosotros puede entenderse también en el sentido de cuánto se esforzó el gran maestro por enseñarnos a pensar y actuar de acuerdo con ese pensamiento; de modo que podríamos darle la vuelta a este título y tendríamos: *Nosotros por Hostos*, que sería aun más justo.

Una vibrante pintura de Martín García preside estas palabras. En ella Hostos deslumbra abrazando una multitud de colores y cuerpos

indiferenciados. Me contó su autor que la pintura la empezó al revés; y aún puede vislumbrarse el rostro de Hostos en la parte inferior del cuadro. Este proceso en la creación de la imagen señala las múltiples posibilidades del pensamiento hostosiano, su infinito poder transformativo del cual nuestro artista se hace eco. *Hostos por nosotros. Nosotros por Hostos.*

Sea de una manera u otra, él por nosotros o nosotros por él, quiero a mi vez citar al educador parafraseándolo, editándolo, abreviando un pensamiento suyo para ajustarlo al tamaño de tres paredes en el auditorio de una escuela primaria de Washington Heights en el alto Manhattan en la ciudad de Nueva York.

Leen las paredes así: “La ignorancia es el peor enemigo de la civilización” (“Ignorance is the worst enemy of civilization”). Si me permito

comenzar esta charla mostrando mi propio trabajo en la iconografía hostosiana es porque quiero evidenciar la pertinencia del Hostos isleño y continental, la importancia de su pensamiento transoceánico, lo diaspórico de su simiente. La Escuela Pública #48 está poblada mayormente por estudiantes dominicanos de migración reciente (1995 es la fecha de la instalación de estas letras que configuran imágenes, de estas *imalabras* hostosianas).

Todos sabemos que Hostos nació en Mayagüez y que sus restos mortales se encuentran, recibiendo todos los honores debidos, en el Panteón Nacional de la República Dominicana en Santo Domingo porque aquella tierra, gracias a su trabajo docente, patriótico y libertario, también es su patria.

Al momento de la elaboración de este conjunto gráfico-literario y performático titulado “El ABC de los niños” (*The Children’s ABC*) la Escuela # 48 sufría la triste reputación de obtener las más bajas calificaciones de todo Manhattan en el aprendizaje de las destrezas de lectura y escritura. Tomando este dato en consideración, durante todo un año me dediqué a visitar la escuela, fotografiar, dibujar y eventualmente grabar en madera e imprimir en telas de diferentes colores y texturas un alfabeto que mostrara a los estudiantes en sus pasatiempos favoritos, tales como juegos, deportes, bailes o sencillamente posando solos o agrupados, configurando letras y palabras. Mi intención era incorporar a los estudiantes, de modo literal, al mundo de las letras, hasta entonces percibido como hostil y ajeno dadas las diferencias culturales, lingüísticas, religiosas, raciales y de clase que los marginaban.

Las matrices de madera de estos grabados también están en exposición permanente en la pared de fondo, arriba, abajo y alrededor de un inamovible reloj serpenteando y midiendo tanto el tiempo como el espacio de aprendizaje del cuerpo estudiantil. El *ABC* fue inaugurado con una representación escenificada por los estudiantes, que cantaron y bailaron la canción popular “Hero”, enarbolando las banderas con la letra H, de *hero* y de Hostos. Conté para esto con la ayuda de mi hija, la bailarina y coreógrafa Alejandra Martorell, quien dirigió la puesta en escena.

No pude resistir la tentación de comenzar esta proyección de imágenes de Hostos que dominicanos y boricuas (artistas, maestros y estudiantes, niños y adultos) lo hicieron posible. Tanto el ideal hostosiano, como el betancino de la unidad antillana, en ese mágico momento se convirtió en realidad de aprendizaje vital y jugueteón, tan cercano a la tradición revolucionaria amparada y promovida en el Nueva York de la segunda mitad del siglo XIX.

Y ahora que menciono a Betances, Ramón Emeterio Betances, recuerdo una preocupación que me asedió entonces y que quiero compartir con ustedes. Antes de empezar a investigar las imágenes de Hostos tenía yo la noción de que la imagen hostosiana no había viajado bien en el tiempo; que la suya no había corrido tan buena suerte como la de Betances, y me preguntaba por qué. Ahora estoy convencido de que esto no es cierto. Tanto Betances como Hostos, juntos y por separado, han recibido amplio reconocimiento y recreación por nuestros artistas y sus palabras y rostros; genio y figura han resistido bien los embates del tiempo y el espacio. Después de todo, este Hostos es *Hostos por nosotros*.

Hace una década mostré imágenes de Betances en Hunter College en Nueva York; y, cuando el amigo y profesor Orlando Hernández me invitó a hacer algo similar en Hostos College, pensé que sería apropiado hacerlo en términos comparativos, señalando las similitudes y diferencias de estos dos próceres nuestros, y cómo han sido retratados con el paso del tiempo (y también cuando el tiempo se ha detenido, ya que los padres de esta patria huérfana son conocidos por sus manguantes días feriados, letreros callejeros y edificios públicos, si acaso).

¿Cómo han evolucionado estas imágenes en dibujos, pinturas, esculturas y grabados? ¿Podría trazarse un mapa de su viajar en el tiempo y el espacio, su origen y destino? ¿Qué percepciones hemos provocado los artistas con estas imágenes? Grandes preguntas y breve el tiempo destinado a una charla ilustrada. Pero, para empezar: ¿Cómo imaginar, convertir en imagen, aquello que no conoces? ¿Un nombre, un rostro, una fecha, un lugar, la ausencia de algo que no estuvo allí en un principio?

Crecer en Puerto Rico durante la década del 40 del siglo XX no significaba crecer siendo puertorriqueño. Para entonces el sueño americano, “The american dream”, estaba en nuestro ADN antes de que el ADN se conociera como tal. No lo soñábamos, el sueño nos soñaba a nosotros. Nacíamos en Puerto Rico, pero se nos enseñaba que todo lo puertorriqueño era pequeño, pobre, débil e ignorante. E ignorantes éramos de nosotros mismos, no de la idealizada visión de los americanitos a la que estábamos destinados y privilegiados en convertirnos. Puede sonarles extraño a

aquellos que nacieron en los 70’s y 80’s e, incluso, después o a aquellos que nacieron en la diáspora, donde para sobrevivir era necesario aferrarse a los íconos significativos de la identidad boricua, tan combatida en el continente. Pero aquí en la Isla nunca entonces y tampoco ahora nos hemos considerado a nosotros mismos como minoría porque no lo somos, y siendo mayoría damos por sentado un poder que no tenemos, que, por el contrario, se nos ha arrebatado.

Tomemos a Hostos el patriota, el filósofo, Hostos el abogado, el escritor, el abolicionista, el maestro, todos ellos absolutamente desconocidos para mí entonces. Igual que Betances el revolucionario, el médico, el escritor y el abolicionista. Ambos eran, como mucho, nombres, imágenes borrosas, fantasmas barbudos. Yo sí tenía una clara, palpable y verde imagen de George Washington. Tenía una colorida representación de Dick Tracy en los muñequitos del periódico dominical. Abraham Lincoln se intercambiaba con el Capitan Marvel cuando subrepticamente barajeaba mis textos escolares con los paquines que me interesaban mucho más refugiado en la última fila de pupitres de un salón.

Pero la historia de Puerto Rico, lo que se lograba salvar de ella, era reducida a tan abreviada asignatura en nuestros estudios que curiosamente terminaba al comienzo del siglo XX con lo que se denominaba entonces, y aun ahora, con el eufemismo del “cambio de soberanía”, como si éste fuera un cortés y generoso intercambio de elegantes sombreros de copa cuando en realidad fue una invasión armada con el resultado de que la isla pasara de manos del

agonizante poder colonial español al abrazo armado del imperio naciente de los Estados Unidos de América, cuyo nombre ostentaba su ambición colonial y extracontinental.

De tal modo que, en el mejor de los casos, Betances y Hostos eran reducidos a ser otro rostro más en una antigua fotografía en tonalidades sepia de señores severos con barba y chaquetón contemplando un futuro distante que nunca conocerían; desde donde yo, a mi vez, los miraba ignorante. Una cara, una barba, un nombre, dos fechas -de nacimiento y muerte-, un paréntesis convenientemente secuestrado de la historia entre dos siglos, ni más ni menos.

Tomó un largo aprendizaje en el arte, en la vida en la colonia -y en su sobrevivencia- para volver a encontrarme cara a cara con Betances y Hostos, para aprender quiénes eran, qué significaban; cuando Hostos, retratado por Lorenzo Homar, mi maestro, de quien celebramos su centenario, decía: “Los pueblos deben consagrar sus grandes natalicios: No tanto a regocijarse cuanto a examinarse; no tanto a enorgullecerse cuanto a estimularse; no tanto a hincharse de vanidad, cuanto a robustecerse de conciencia”. Y también cuando Betances proclamaba en mi cartel serigráfico de 1969: “no quiero colonia ni con España ni con Estados Unidos. ¿Qué hacen los puertorriqueños que no se rebelan?”.

Hay imágenes de Hostos en tres dimensiones, como el monumento de Victorio Macho, el cual tiene algo de sepulcral. Esta inspira silencio, introspección. Tiene un aura mortuoria, un detenerse en el tiempo. Quizás sea la

visión que tenemos del filósofo, el pensador detenido e inmerso en su eterna sabiduría. Pero, cuidado: las muchas y fructíferas ideas que brotan de Hostos toman vuelo y juguetonamente se balancean en sus brazos y cabeza, como si él estuviera desempeñando acrobacia mental a pesar del pesado bronce en que está fundida la estatua de José Buscaglia, que se halla en el Antiguo Cuartel de Ballajá en San Juan.

Como en otra ocasión he dedicado tiempo sustancial a la imagen de Betances, de ahora en adelante me enfocaré en Hostos con breves referencias a Betances cuando sea pertinente.

La idea de la peregrinación se identifica desde temprano en Hostos con su obra “La peregrinación de Bayoán”. Contrastan sus viajes más frecuentes con los de Betances a Europa, las Antillas y Nueva York. Hostos se orientó más -aunque no exclusivamente- a Suramérica. Estos viajes le han proporcionado a los artistas material visual, como en “El barco de papel” de Graciela Azcárate, cuyas imágenes deleitan tanto al lector adulto como al infantil. Hostos fue un viajero incesante, jamás un turista, con frecuencia un exilado, como en el cartel de Jesús Cardona en conmemoración del centenario de su muerte.

Aquí visualizamos al prócer como una isla flotante entre mar y cielo, cual bandera poblada por niños en juego. Hostos diaspórico entre el aquí y allá, adelantándose y mirando atrás sin tristeza, más bien desafiante del marco que no logra limitar su horizonte. Hostos, tan dinámico como quieto; una breve tregua en el marino vendaval.

¿No es acaso ésta una visión profética de nuestra migratoria naturaleza siempre cambiante y sin embargo igual? Hostos migrante como nuestras naciones, habitando mar y aire como *La Guagua Aérea* de Luis Rafael Sánchez. Marinos y alados, siempre aterrizando, zarpando, despegando y, no obstante, a la tierra atados.

Mención especial amerita el maestro José Ramón Alicea, cuya devoción a los textos hostosianos nos ha regalado memorables imágenes. Hostos habla, grita, susurra; pero nunca calla en los trabajos de Alicea; realizados con técnicas mixtas sobre madera para rendir homenaje al filósofo en la serie titulada “Aforismos”, comisionada por el Museo y Centro de Usos Múltiples Eugenio María de Hostos en Mayagüez. Los títulos sirven tanto de guía como de credo para Hostos; y Alicea se los apropia con gráfica elocuencia.

1. Si vivir es realizarse
2. Al modo de las estrellas
3. Amamos la patria
4. Vale más morir luchando
(Dominga de la Cruz)
5. Un solo hombre
6. Tengo el deber
7. Los momentos pasan

Uno de ellos es particularmente pertinente a todo recinto universitario: “El corazón se educa por el corazón, por la reflexión, por el ejemplo, por la noción de la realidad de la vida misma, por la noción de la belleza que se obtiene del arte, por la noción de la virtud que viene del conocimiento de lo justo”.

Continúa Alicea citando a Hostos: “no es patria el lugar donde nacemos si nos quitan el derecho de servirla. Si entregan su felicidad a los

que la desdeñan; si nos niegan la posesión de lo que es nuestro”.

No es casualidad que el patricio rostro de Hostos se asome en camafeo con un trasfondo enmarcado: un rectángulo vertical afín a la bandera y un texto que incorpora los colores tanto de la bandera dominicana como de la boricua. En dicho contexto, no es menos significativa, sin embargo, la de los Estados Unidos, tan consecuente en usurpar los derechos de nuestros pueblos. También Hostos es representado en un plato conmemorativo invitándonos de un modo directo a alimentar nuestro pensamiento.

Parece ser que Hostos resiste ser enmarcado, limitado, encerrado, privado de espacio y aire en el retrato que realiza Elizam Escobar para la portada del libro *Teatro hostosiano* de Brunilda García. Escobar, prisionero político por casi 20 años en cárceles estadounidenses, retrata a Hostos emergiendo del marco de una ventana; pero, como si esto no fuera suficiente, su amplia frente se abre aún más y podemos ver a través de ella el azul infinito con su barco de papel navegando mientras enarbola nuestra insignia nacional.

Leonel Ojeda transcribe el pensamiento de Hostos y lo representa con una pluma blanca. Esa única y aterrizada evidencia del vuelo es tanto recuerdo como promesa del poder de las ideas que desafían la opresión una vez quedan fijas en el papel y pueden viajar libres y lejos.

Un eco del temprano grabado en madera de Homar se detecta en la visión en vendaval de Hostos por José Peláez, también en madera, donde consigna:

“Una vida no es fuerte sino cuando se ha consagrado a conquistar un ideal por sencillo que sea”. Y aquí las ideas materializadas en las palabras del personaje ocupan la mayor parte del espacio gráfico empujando al que las escribe en valiente intento de violar los márgenes.

Pablo Marcano pinta en acrílico a Hostos como parte del paisaje vegetal vislumbrado a través de un vitral, una gran hoja de plátano sobre su cabeza en una ni tan velada referencia a la supuesta mancha de plátano que marca a todos los nuestros.

La preocupación de Hostos por el rol de la mujer en la sociedad es evidente en el dibujo de Barbara Bosch Quidiello que aparece en un texto de Chiqui Vicioso en la República Dominicana. Por desgracia, no he tenido acceso a la iconografía hostosiana en nuestra vecina nación, pero estoy seguro de que ameritaría un estudio exclusivo.

No sólo los libros se han beneficiado de la saludable influencia de Hostos. El Instituto de Cultura Puertorriqueña nos ha legado una valiosa contribución publicando los *Icepé.cómic* bajo la diestra dirección de Paco López. La historia en minúsculas subvierte la tirilla cómica, la historieta, y la transforma en medio de enseñanza conservando su carácter de entretenimiento.

La serigrafía en blanco y negro de Luis Alonso nos muestra un Hostos joven donde el artista se concentra en los ojos, nariz y barba del retratado. En esta variación en desafiar fronteras, el artista borra los bordes del rostro mismo al eliminar el contorno. El artista nos fuerza a encontrarnos cara a cara con un Hostos

que, no obstante, aparta su mirada de la nuestra una vez más escapando de ser aprehendido en su totalidad. El texto que flota debajo apunta a la imposibilidad de una ecuación, a menos que sean establecidas condiciones muy precisas. Lee así: “Sin igualdad civil, sin libertad política no hay dignidad, sin dignidad no hay vida”.

Mientras el Hostos desprovisto de fronteras de Luis Alonso evade nuestra mirada, el maestro Homar hace algo similar en su pintura, pero de un modo diferente. Ambos retratos son en blanco y negro, pero en el de Homar predomina el gris con Hostos sentado en actitud de recogimiento, manos entrelazadas de modo suave pero firme y desafiando intromisión al interior del pensador: su oscurecida faz en clara denotación de un profundo pensar y la blanca camisa encendida de luz cual brillante chaleco anti balas.

La letra H, muda en español al comienzo de una palabra, es letra esencial en la geografía antillana. En un reciente portafolios gráfico intento honrar a nuestros hombres y mujeres de letras desplegando sus escritos en el Mar Caribe. Hostos, su rostro y sus palabras quedan, por orden alfabético, entre la **G** de José Luis González y la **I** de Pedro Mir. Nuestro querido amigo y maestro José Luis, hijo de dominicana y boricua, abraza aquí, con el poeta quisqueyano, el ideario hostosiano de la unidad antillana.

“Hostos itinerante” es el título de este grupo escultórico en bronce y aluminio creado por Omar Ortiz, situado a la entrada del Centro de Usos Múltiples Eugenio María de Hostos en Mayagüez. Hostos aparece en el centro de una fuente colocando barquitos de papel que le ofrecen un niño y una niña.

Coloca los barcos en las costas de Suramérica donde su incansable palabra y pensamiento dejaron huella. El mapa en sí es una espiral que envuelve al grupo protegiendo y, a la vez, sosteniendo la acción. El continente mismo es una suerte de vacío aguardando ser nutrido de significado, continente que espera contener y expandir su contenido, expectante, siempre expectante.

Esta silueta continental puede compararse con mi propia interpretación de Betances y sus Diez Mandamientos de la Libertad, un cartel serigráfico impreso hace cuatro décadas. En la escultura de Ortiz, el vacío es demarcado por barcos: la educación tocando tierra como embarque de libertad. En el cartel, el mapa de Suramérica es configurado por el perfil barbado de Betances mirando a Oriente, hacia África y Europa, desde donde muchos de nuestros antepasados llegaron, esclavos o conquistadores, y también portadores de ideas libertarias. El corazón continental está inscrito con los diez mandamientos que leen como sigue:

1. La abolición de la esclavitud
2. Derecho de votar los presupuestos
3. Libertad de cultos
4. Libertad de palabra
5. Libertad de imprenta
6. Libertad de comercio
7. Derecho de reunión
8. Derecho de poseer armas
9. Inviolabilidad del ciudadano
10. Derecho a elegir nuestras autoridades

Estos diez mandamientos, más que una enumeración o catálogo de pecados, es una declaración de poderes, una carta de derechos. Alguna de estas

libertades todavía no lo son. Otras creíamos que ya eran nuestras, pero que al día de hoy y, sobre todo bajo el mal llamado “Patriot Act”, no dejan de ser un sueño convertido en pesadilla. Betances y Hostos, Hostos y Betances. Diez mandamientos, diez derechos y tantos entuertos. Un vacío esperando llenarse, un desembarco incompleto, una educación en la libertad todavía por conseguirse. Tanto Hostos como Betances nos mostraron el camino y lo caminaron. Ambos apuntan a la educación como la herramienta principal de la libertad, la mano armada y almada que deletrea verdades; no una sino muchas, siempre cambiantes y, a la vez, eternas.

Si tomamos a Hostos al pie de la letra en sus propias palabras, debemos escucharlo cuando nos dice: “La verdadera gloria de los maestros excelentes está en tener discípulos distantes”. De seguro que Hostos no quiere decir tan sólo distantes en el tiempo o el espacio. El gran maestro que fue y que es, lo que quiere decir con estas palabras es lo importante de aprender más que el producto, el proceso; no la verdad, sino el modo de acceder a ella. Disciplinas de pensamiento y de sentimiento que pueden llevarnos lejos del maestro y cerca de nosotros. *Hostos por nosotros*. Me gustaría en un futuro crear una imagen que pudiera reflejar este pensamiento suyo tan trascendental.

Pero no puedo concluir esta reflexión sin referirme a alguien que ha pagado caro continuar el arduo camino de la libertad trazado por estos dos grandes maestros, Hostos y Betances. Esta persona sí ha hecho a Hostos suyo. Ha sufrido durante más de 33

años la más larga reclusión de prisionero político alguno en América. Ustedes conocen su nombre: Oscar López Rivera. Tanto Hostos como

Betances estarían orgullosos de él. Es un hombre libre, pero debe ser excarcelado. Vamos a lograrlo.

